

y ocho años, va a ser lanzado vuestro catecúmeno! Bien sabéis que el primer cuidado de un joven emancipado es el de leer precisamente todos los libros que se le han prohibido en el colegio. Vosotros os habéis encargado de las almas; vosotros sois guardianes de la unidad moral del país. Si mantenéis cuidadosamente esta unidad moral en el colegio y, de otra parte, la dejáis romperse, arruinarse y destruirse por la libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa, no habréis hecho nada o habréis hecho poca cosa y habréis hecho traición a vuestro mandato.

No puedo pensar *en los parientes* sin estremecerme. El niño que vosotros educáis según los principios de la educación laica, republicana, democrática, racional, crítica y social, tendrá parientes católicos. ¿Le prohibiréis verlos o, por lo menos, hablarles? Vosotros introducís el enemigo en la plaza, y un enemigo que tiene la autoridad de un padre, de la madre, del tío, del hermano mayor y así, no lo olvidéis, toda la autoridad *del hombre que contradice al profesor*. He aquí la unidad moral horriblemente amenazada y expuesta a la ruina. Veo en ella una brecha por donde pasará, como dice Maeterlinck, un rebaño de carneros.

No habría más que un medio de salvar «la unidad moral» y me complazco en recomendaroslo; sería, desde luego, el de prohibir toda libertad de pensamiento, de hablar y de escribir a todo hombre que no sea por lo menos protestante; esto no ofrece duda: «la libertad para el hombre libre»;—sería en seguida prohibir a todo hombre que no sea por lo menos protestante, el tener hijos. De esta manera se procedería por extinción. Los que son católicos o espiritualistas, o monarquistas, o bonapartistas, o republicanos plebiscitarios, o republicanos liberales, sobrevivirían sin duda; como dice el padre de Olivier Twist, no se les puede matar, sin embargo; pero por una parte, no tendrían ningún medio en el mundo de propagar en el país sus detestables doctrinas y, por

otra, no podrían propagar la familia para mantenerla de padres a hijos. Al terminar una generación, se habría conseguido la unidad moral del país. De otro modo, y es preciso que lo sepáis bien y que consideréis atentamente la consecuencia y el remedio que os propongo, con firmeza viril, de otro modo, ella estará siempre por hacerse.

Hay también otra solución. Es la de abandonar la idea eclesiástica, reaccionaria y ridícula de la unidad moral del país y del orden moral en el país y del gobierno de los espíritus por el Ministro de Instrucción Pública considerado como el gran sacerdote Joad. ¿Qué sois vosotros? Una vez más y siempre: vosotros sois un órgano de policía y de defensa. CUANDO SALÍS DE VUESTRAS ATRIBUCIONES, ES DECIR, DE VUESTRAS FUNCIONES NATURALES, SUFICIENTES Y NECESARIAS, NO SÓLO COMETÉIS USURPACIONES, LO QUE NO ES HONRADO, SINO QUE OS VOLVÉIS NECIOS. Creo que ya se vienen apercibiendo de ello. Os volvéis torpes, zurdos, caprichosamente acaparadores, indiscretos, inquisidores, impotentes y cómicamente furiosos de vuestra impotencia. Vuestro oficio es el de mantener el orden material y de defendernos, es decir, el de estar a nuestra cabeza cuando tengamos que ir a defendernos contra el extranjero. No es el de fundar religiones: de esto no entendéis nada. Las religiones no os conciernen. No es el de enseñar: de esto no entendéis nada. La enseñanza no os concierne. Las religiones son asociaciones de fe para difundir y propagar una doctrina religiosa. Los centros de enseñanza son asociaciones del saber y del pensamiento para difundir las luces, los métodos y las doctrinas. Las buenas religiones, no frías y languidecientes, sino vivas y fecundas, son las que existen por las asociaciones libres que las sostienen y que viven en ellas como aquéllas viven en éstas. Las buenas enseñanzas, no timoratas y paralizadas, no «neutras, es decir, nulas», para servirme de las palabras de Julio Simón,